

Las dos hermanas

Samantha Hundt, *Del curso de "Literatura, Feminismo y Sociedad", 2007*

Aunque sabía que regresaría en algunas meses, me marché del convento con una desgana. Mientras las hermanas me despertaban, sentí una punzadita de culpa porque sería sus amistades – sus voces y sus sonrisas – y no la unión con la iglesia lo que yo añoraría en los meses por venir. En particular extrañaría a Sor Pilar y sus comentarios sobre mi escritura. “Tienes dotes para esconder *verdaditas* en las barbas de los clérigos”, una vez me dijo. Llevaba conmigo este último cumplido en el camino a mi ciudad natal.

Me acerqué a la casa de mi cuñado con curiosidad. A través de los años desde que entré en el convento, me había desprendido de mi familia y de la vida doméstica. Al dar un golpe a la puerta, me di cuenta de que había viajado, no solamente para ayudar mi hermana menor con su parte, sino también para observar, en una manera intelectual, este camino doméstico que yo había abandonado por la iglesia.

Mis observaciones me afectaron mucho. Mi hermana, quién en nuestra juventud compartía conmigo un deseo de entender el mundo y todos sus misterios, ahora había perdido su curiosidad en la banalidad de una cotidianidad que la había relegado al margen de su propia vida.

Al llegar algunos invitados a su casa, su marido exigió que ella preparara las tapas y que luego se esfumara. Cuando le pregunté sobre este tipo de trato, solamente respondió en voz baja: “Así es”. Mientras mi hábito me cosechaba algo de respeto desde mi cuñado hasta sus compadres, mi hermanita ni recibió ni esperó ninguno. Estaba contenta con cocinar, limpiar y no estar a la vista, y su embarazo solamente era de interés en el grado en que los hombres pudieran especular la utilidad del niño en la extensión del poder de la familia.

En este punto, cuando yo consideraba en aprovecharme del respeto que mi hábito me cosechaba para demostrar mi desaprobación, mi cuñado me informó que había llegado una carta dirigida a mí. En presencia de él y de sus invitados, la abrí y, como una cortesía, leí en voz alta las noticias del convento. Los hombres miraban las lágrimas que cayeron de mi cara cuando leí que Sor Pilar – mi crítica y mejor amiga – se puso enferma durante mi viaje y se murió. Guardaba mi calma mientras terminaba de leer la carta en frente de los hombres. Secando la única lágrima de mis ojos, les dije a mi cuñado y a sus invitados: “Disculpen mis emociones, por favor. Hoy he perdido a dos hermanas”.